

Si Dios lo sabe todo, ¿por qué el mal?

P. Fernando Pascual

17-10-2010

Imaginemos unos padres de familia capaces de conocerlo todo a la perfección. Saben dónde poner la escalera para que el niño no pueda caerse; cómo instalar los enchufes para que el niño no meta allí sus dedos; cómo calentar la comida sin que el hijo pueda quemarse las manos o la boca; cómo y cuándo abrir ventanas para que el aire y el frío no provoquen una pulmonía en el hijo.

La enumeración de cosas que conocerían esos padres maravillosos es enorme, y aquí sólo nos hemos quedado en los inicios. Pero esos padres magníficos (e inexistentes) no podrían impedirlo todo al hijo. Porque aunque hayan organizado la casa de modo perfecto (si existe perfección en este mundo), tarde o temprano llega el momento en el que el hijo decide arriesgarse de mil maneras, hasta el punto de romperse una pierna, de provocarse heridas a base de darse de golpes contra la pared, de ver en televisión programas que dañan su sensibilidad, de leer libros que le llevan a sentimientos de odio, de aprender maneras llenas de ingenio para robar a sus padres sin ser descubierto.

Alguno dirá que los padres pueden impedir esos errores en el hijo a base de pastillas, o con cuerdas con la que lo mantengan atado y siempre bajo control. Pero ese tipo de intervenciones hiperprotectoras, ¿no llegan a convertirse en algo malo? ¿No resulta amarga la vida del hijo al que se controla cada movimiento para impedirle heridas físicas o desvaríos morales?

Apliquemos el anterior ejemplo a la relación entre Dios y el mundo de los hombres. Dios podría, perfectamente, haber creado un mundo lleno de algodones, sin aristas, con animales mansos y con plantas sin espinas. Pero en ese mundo hipotético, los seres humanos, si son realmente libres, pueden romper las ramas, provocar incendios, golpearse rabiosamente los unos a los otros con piedras sin aristas.

La idea de que Dios debería controlarlo todo, resulta asfixiante. El mundo, además, con su complejidad y sus mil accidentes imprevisibles, deja siempre un espacio enorme a las sorpresas, a esos acontecimientos que ni los políticos más prudentes ni los hombres de ciencia son capaces de conocer a tiempo para dar la alarma y para evitar consecuencias que resultan catastróficas.

Dios, ciertamente, podría haber dado un aviso tajante y claro: prohibido construir en esta zona porque es sísmica. Pero si los hombres no hacemos ni siquiera caso al letrero que indica que hoy la marea de la playa es peligrosa, ¿haríamos caso a Dios si nos pidiera que fuésemos más sensatos y que no pusiéramos en peligro nuestras vidas y las de los seres queridos?

El problema del mal sigue siendo una espina clavada en la historia humana, en la de cada uno y en la de los pueblos. Algunos lo usan para atacar a Dios. Pero sería más justo y más responsable reconocer que muchas veces hemos sido los mismos hombres quienes actuamos con muy poca prudencia, que otras veces preferimos la ambición y el riesgo, y que otras somos francamente injustos y hacemos deliberadamente daño a nuestros semejantes. Es entonces cuando la causa del mal se hace evidente y triste: nació de mi egoísmo y de mi pereza, de mi soberbia y de mi cobardía, de mi avaricia y de mi lujuria.

El mundo en que vivimos es este. Estamos en camino, en medio de mil laberintos. Perdemos la ruta, la encontramos, la volvemos a perder. Sufrimos como víctimas o hacemos sufrir como verdugos.

A nuestro lado, dentro y fuera, como padre anhelante y como amigo respetuoso, Dios sigue siempre vivo y cercano. No como un acusador despiadado ni como un observador indiferente, sino como consolador que da fuerzas y permite abrirnos a horizontes de esperanza.

Sin Él la vida sería un juego de tómbola sin sentido. Con Él hasta la noche más oscura puede adquirir una luminosidad intensa que nos lleva poco a poco hacia el gran encuentro con nuestro Padre, para siempre, en los cielos.